



“Museo de la revolución”, de Martín Kohan.
Mondadori. Bs. As., 2006. 192 páginas.

José Di Marco

jotadimarco@yahoo.com.ar

Universidad Nacional de Río Cuarto

Enviado a México por una pequeña editorial de Buenos Aires para negociar unos contratos, el narrador y protagonista de esta historia, conoce a Norma Rossi, una exiliada argentina que posee un objeto que dispara su curiosidad. Se trata de un cuaderno en el que Rubén Tesare, militante revolucionario y víctima de la dictadura militar, escribió sus pensamientos hasta momentos antes de ser secuestrado y desaparecido. El narrador sospecha que esas notas poseen un valor documental que justificaría su publicación y se impone la tarea de conseguirlas. Para hacerse de las mismas, se ve obligado a reunirse, en numerosas ocasiones y en variadas circunstancias, con Norma Rossi, quien lo somete a sesiones de lectura poco menos que extravagantes. En voz alta, con pausada dicción, la mujer le lee las notas del cuaderno y, por esa vía, el narrador se entera de su contenido. Pero, también, Norma Rossi interrumpe su lectura para narrarle (y ya no para leerle) los pormenores del último día de Tesare, las horas previas a su desaparición.

Las notas del cuaderno poseen un tenor teórico, son citas, paráfrasis y observaciones construidas a partir de la exégesis de textos de Marx, Engels, Lenin y Trotsky. En ellas, Tesare reflexiona (en el sentido más abstracto y filosófico del término) sobre la revolución y el tiempo (sobre el tiempo de la revolución). Una suerte de decepción se apodera del narrador porque esperaba encontrar, en ese cuaderno que sobrevivió al olvido, un testimonio conmovedor, los vestigios de la memoria de un militante capaz de sacrificar su vida por una causa de alcance colectivo, su crudo día a día, los detalles de su intimidad en peligro.

A medida que decrece su interés por el cuaderno aumenta su deseo por el relato oral, el que reconstruye con minucia la jornada ulterior de Tesare, hasta el punto de que se convence de la existencia de otro cuaderno (uno que conserva esa suerte de diario

que Norma le cuenta, pero no le lee; uno que ni siquiera le muestra). Atrapado por las dos modulaciones y los dos registros encontrados de una misma historia, el narrador se convierte en el protagonista involuntario de una intriga que se torna casi policial. Desplazado del cuaderno de notas al supuesto diario íntimo, su deseo cobra un tenor muy diferente. Ya no quiere editar el testimonio de un revolucionario desaparecido. Ahora quiere saber qué pasó, al fin, con Tesare; cómo llegaron los cuadernos a manos de Norma Rossi; quién es, realmente, esta mujer.

El desenlace de la novela satisface sus preguntas, deparándole revelaciones asombrosas. La revolución no fue sólo una época de heroísmo, compromiso y solidaridad; en su plexo vertiginoso se incubaron, también, mandatos arbitrarios, cláusulas dogmáticas y traiciones. Con esas revelaciones en su poder, el narrador se dispone a escribir una novela.

Museo de la revolución muestra los rasgos que caracterizan a la escritura de Kohan: morosidad, reiteraciones, humor. Kohan es un escritor lento, que se toma su tiempo para narrar, que estira las frases y detiene la acción, que imita con pericia las inflexiones y el léxico del habla cotidiana, que coloca las situaciones más triviales en la azorada zona del absurdo. Pero, también, su arte de narrador se destaca por una extraordinaria capacidad para combinar temporalidades divergentes en una misma historia, para trabajar, con sutil ironía, matrices narrativas muy codificadas y para yuxtaponer formaciones discursivas bien dispares.

En este caso, la intriga de resonancia policial se despliega en un relato de corte folletinesco: la lectura a cuenta gotas, por entregas, de las notas, el relato arbitrariamente interrumpido, el escamoteo y la postergación exasperantes pautan su ritmo. Por otra parte, para el narrador, la historia y su cierre funcionan como un relato de aprendizaje: su aventura mexicana lo prepara y le brinda la experiencia y los elementos básicos para construir una ficción. Así, *Museo de la revolución* narra también la génesis de un texto literario (la novela del narrador empieza cuando termina la de Kohan).

Pero, además, la novela conjuga tres registros que remiten a tres planos narrativos y a tres marcos temporales disímiles: el presente de la acción (Distrito Federal, mediados de los años `90, encuentros con Norma Rossi, periplo turístico, comunicaciones telefónicas de larga distancia con el editor que reside en Buenos Aires, sesiones de lectura), el presente abstracto de las anotaciones de Tesare (que si bien se basan en textos prolijamente fechados, proponen un registro teórico, ajeno a las determinaciones contextuales) y el pasado puntual en el que se inscriben sus horas últimas (un hotel de Laguna Chica, mediados de los `70).

De la voz crédula del narrador a la cautivante y elíptica de Norma. De la oralidad a la variante escrita y sofisticadamente teórica. De la narración al ensayo. Estos desplazamientos (narrativos y discursivos) traman un continuo temporal entre el pasado (el tiempo de la revolución inminente) y la actualidad (que reúne en México a la exiliada y al agente literario). Y ese continuo exhibe de un modo paradójico el abismo, la insalvable discontinuidad entre dos épocas, dos mundos culturales, dos cosmovisiones incompatibles. Nada más ajeno para el narrador (el héroe atolondrado de esta novela) que las elecciones vitales, la configuración mental y el destino trágico de Tesare. Nada tan intraducible, para su subjetividad posmoderna, que esos aforismos obsesivos que piensan la revolución como un evento redentor que sacará de quicio el rumbo rectilíneo del tiempo.

Ya desde su título ésta, la quinta novela de Martín Kohan (Buenos Aires, 1967), postula un maridaje polémico. Si el museo es un ámbito donde el tiempo se coagula y

espacializa, un recinto en el que los monumentos del pasado se almacenan, la revolución viene a ser el acontecimiento que, con violencia, altera el orden temporal, lo acelera o detiene, lo disloca, instalando, de un modo abrupto y necesario, el futuro en el presente, el paraíso en la tierra. Circunscrita al ámbito compaginado y temático del museo, la revolución deviene una colección de imágenes dispuesta para el paseo, disciplinado y deseoso, del turista. ¿Puede haber novedad en un museo, aun cuando el mismo sea el depósito de lo que se quiso único, imprevisto, fuera de serie? ¿Qué pasa cuando lo revolucionario, que es la negación por antonomasia del pasado, se convierte en un muestrario estático de reliquias? ¿En qué se ha transformado la realidad cuando la historia parece haber expulsado definitivamente de su horizonte al tiempo revolucionario, lo nuevo, el futuro? ¿De qué trata una novela cuando se impone como asunto la revolución?

El clamor de esas preguntas pueden leerse en el reverso de la trama de *Museo de la revolución*.